

CAPÍTULOS GRATUITOS

Danzando con el diablo

Meyling Souza

Para mi familia, mis amigos y todas aquellas

personas que me dijeron que sí podía.

Y las que no lo creían, pues aquí lo tienen.

PRELUDIO

El reloj marcaba los minutos con lentitud, cada golpe de las agujas significaba un latido de mi corazón.

Detuve mi recorrido del pasillo presionada por mi mejor amiga.

—Respira —me repitió con autoridad.

Todos los reunidos parecían decirme lo mismo, siete alumnos apeñuscados en un pequeño salón, todos a la espera de que anunciaran mi turno. Este era uno de los días más decisivos de mi vida, después de mi actuación el día de hoy, mi destino tomaría un rumbo diferente.

¿Podría dar el mayor espectáculo de mi vida? Han pasado dos compañeras y audicionaron para la misma persona; las lágrimas en sus ojos no eran buen augurio, al menos no para mí. Ambas se quejaron de la falta de atención de la temida y muy famosa Heidi Griffin, decana de la facultad de danza clásica de una de las más prestigiosas universidades de arte de la ciudad. Una beca en la UNAL significaba un futuro asegurado en el mundo artístico.

Ahí estaba yo, acariciando esa posibilidad en la lentitud del reloj, que parecía arrastrar con pesadez las agujas. Solo han pasado tres minutos desde la última vez que lo miré. Reajusté una vez más mis zapatillas negras ¿Debí usar las de color piel? Llevaba un delicado vestido celeste que resaltaba mi pálida piel, quizá debía usar otro color o vestuario.

—¡Por Dios, mujer, le harás un agujero al suelo! —Lina, mi mejor amiga, ya estaba desesperada. La había contagiado con mis nervios y mi caminata en línea recta no ayudaba a amortiguarlos. Iba a responder cuando una voz afónica salió por el micrófono y anunció mi turno.

—Éxito —susurró Lina justo antes de soltarme de un fuerte abrazo.

Caminé sintiendo todo mi cuerpo sacudirse como si emitieran pequeñas descargas eléctricas bajo mi piel; un fuerte escalofrío recorrió mi espalda, pero sudaba como si hiciesen cincuenta grados.

—Respira, vamos, respira —me dije a mí misma mientras avanzaba.

Llegué al centro de la tarima de madera desgastada, tantas veces que me presenté con el auditorio lleno de alumnos y ahora temblaba por la única persona que estaba ahí.

—Cuando usted quiera. —Su voz era fuerte, autoritaria e incluso ya sonaba cansada.

El encargado del sonido obedeció su orden, las notas suaves de *Claro de Luna* se movieron por todo el ambiente.

Cerré mis ojos, algo dentro de mí me ayudaba a ver las notas en el aire, sentía que las podía acariciar con mis manos, así que las moví; pero ellas me tentaban y se alejaban, las seguí. Giraron alrededor de mi cuerpo y yo seguí sus movimientos, eran notas traviesas, de un amor inocente e ingenuo, con la capacidad de moverse en todo el mundo. Ese amor que, de alguna forma, hacía brillar más al sol, impregnaba la oscuridad de estrellas, un amor que yo también sentía, que yo vivía.

Entonces, todo en el salón desapareció. Entré a una profunda oscuridad, donde las notas del piano eran pequeñas luces que iluminaban poco a poco el ambiente. Me dejé guiar por ellas.

AMOR

Me encontraba en medio del centro comercial, aquel enorme lugar siempre me había abrumado y se podría decir que no soy exactamente una fanática de las compras, pero en ese momento esas compras parecían necesarias, quizás era la escapatoria perfecta para olvidar lo que ahora sentía.

Suspiré con pesadez y me coloqué de puntillas, traté de visualizar a mi mejor amiga entre el tumulto de personas que se movían de un lado a otro, conversando, gritando y apuntando los artículos que exhibían como novedad en los escaparates de las diferentes tiendas.

—Luciana. —Escuché que dijeron mi nombre y de inmediato me volteé.

Lina se abrió paso entre las personas, rompía la unión de una pareja que venía delante de ella. Caminaba en su propia burbuja, de inmediato sentí la incomodidad, ese ligero hincón de envidia, después de todo, venía de romper una relación que significó mucho para mí.

—Por fin —soltó cuando llegó a mi lado y me abrazó en forma de saludo—, ¿y qué pasó? —preguntó al soltarme.

Sentí las lágrimas invadir mis pupilas y, de nuevo, mi amiga me rodeó con sus brazos. Acarició con suavidad mi cabello.

—Lo sabía, maldito estúpido —susurró en mi cuello—, pero ya no te preocupes, lo mejor es que te diste cuenta antes.

—Más de un año, Lina, todo lo compartido, todo lo que cambié por él para que al final me dijera que mira más vaginas que un ginecólogo.

—Es que todos los hombres son iguales —regañó—. Ven, vamos por un café y así me cuentas mejor.

Avanzamos entrelazadas de los brazos. Lina era mi mejor amiga desde los siete años, nos mudamos al mismo tiempo al residencial y desde entonces no nos hemos separado, aun cuando ella terminó mudándose de aquel lugar al iniciar la secundaria, siempre ha estado a mi lado.

Hemos crecido una al lado de la otra, estuvo ahí cuando probé mi primera cerveza y yo la vi dar su primer beso, nos sentimos mujeres cuando llegó nuestro periodo casi de forma sincronizada y aquí estamos ahora, con diecisiete años avanzando hacia una nueva etapa, la universidad y la vida adulta.

Entramos en una pequeña cafetería de esas que tienen un aspecto más privado dentro del mismo centro comercial, en cuanto nos sentamos, la mesera nos ofreció el menú y como un robot programado, nos mencionó los quince postres que ofrecían ese día, ordenamos café y unos *cupcakes* de chispas de chocolate. Según Lina, para el corazón roto el chocolate es la mejor solución, bueno, después del tequila.

—Bien, ¿qué paso? ¿Cómo fue? ¿Qué te dijo?

Acomodó su cabello castaño en el mismo chongo que andaba, quedó igual de desordenado que antes, pero al menos liberó su rostro de los mechones insolentes que la hacían ver despeinada.

—Fui a su casa, te dije. —Ella asintió—. Estaba solo, bueno, con Rita, la doncella. Así que ella hizo lo que mejor sabe: llevarme a su habitación.

—No, Lina, ¿cómo crees? Si sentías que ibas a vomitar.

—Llevaba tantas cosas por decir que ni siquiera me salían las palabras —suspiré. Sentí que las lágrimas iban a salir otra vez—. Se lo lancé de un solo.

Lina abrió mucho sus ojos marrones, tantos años conociéndola que sabía el significado de cada una de sus expresiones.

—Le pregunté con cuántas me había engañado, él se puso pálido y se dejó caer en el sillón que está en su habitación —hablé con rapidez—. Lo primero que me dijo, por supuesto, es que estaba loca, que alguien me comía la cabeza e incluso tuvo el descaro de decirme que mínimo era yo la que ya tenía otro...

—Maldito.

—Te lo juro, vi cómo se le escapó la vida cuando le mencioné el nombre de ella, le enseñé las fotografías y bueno, se vio en la sin remedios, me dijo de ella y de todas, ¡todas! —mascullé, elevé mi voz tanto que varios de los comensales voltearon a verme—. Lina, quince meses anduve con él, quince, ¿sabes con cuántas chicas se acostó o besó en ese tiempo? Con siete, ¡siete!

—Yo le corto un huevo.

—Ganas no me faltaron —agregué—, y todavía, el muy cara de tubo, me dice que sí que la ama a ella, pero que también me ama a mí, que por eso no podía decidirse entre las dos, porque yo soy ardiente, divertida y sensual; ella es más recta, simple y sencilla. ¿Qué diablos significa eso?

—Significa que quería que tú le aprobaras la relación bígama, eso es todo, quería endulzarte el oído.

—Lo sé, solo le dije que eso no era amor, porque no lo es, Lina. —Me sentía exaltada y furiosa solo de recordar ese encuentro—. No se puede amar a dos personas, no cuando el amor es amor, de ese que es puro, sincero, sin fallas, sin caprichos, sin egoísmo ni mentiras y tu amor tiene todo eso y mucho más.

—Exacto —respondió. Tomó mis manos cuando las lágrimas picaron tras mis párpados por enésima vez.

En ese momento, la mesera llevó nuestra orden y nos colocó dos servilleteros entre las dos, quizá consciente que la conversación no era del todo agradable.

—Me solté y le dije todo lo que sentía, todo aquello que siempre me había callado —continué—, que él solo amaba mi cuerpo y mi pasión en la cama, y como ella no es capaz de darle eso, aún sentía necesidad de mí. Que su *amor* era simple necesidad carnal, nada trascendental, como debía ser el amor y si realmente la amaba a ella, como tanto afirmó, no jugaría con sus sentimientos de esa manera.

«Que había buscado en mí lo que ella no le daba, lo que lo hacía capaz de buscar en otra lo que yo no daba y llegaría al punto donde creería amar a todas las que le entregaban un poco de lo que él quiere, mas no sabía que entre más placer encontrara, más necesidad tendría de algo nuevo y jamás se detendría».

Tomé un sorbo de mi café sin azúcar, para bajarme un poco el enorme enojo que invadía mi cuerpo. Lina suspiró con pesadez.

—Te tiraste las trancas con eso.

—Tenía que decírselo, Lina, alguien tenía que hacerlo. Felipe no va a cambiar porque yo lo termine, tiene a otra o varias, ya ni sé, pero estoy consciente que si no se lo decía en ese momento, me iba a arrepentir toda la vida. —Volvió a asentir—. Le dije que era un ser tóxico, que estaba enfermo y que lo único que podía aconsejarle era que buscara ayuda psiquiátrica.

—¿Él te dijo algo?

—No, al menos tuvo la decencia de quedarse callado. Cuando me sentí desahogada, me levanté y me fui, no me podía quedar ahí un segundo más.

—¿No te siguió? ¿No te ha llamado?

—No —resoplé con indignación—. Aunque suene estúpido, porque lo es, esperaba que, si lo hiciera que me siguiera, que prometiera cambiar o alguna tontería de ese tipo... —Ella me vio con mala cara—. Fueron quince meses, Lina, no puedes pedirme que no esperara algo así, yo si lo amaba y de verdad.

—Lo sé —respondió y sonrió con debilidad. Colocó el *cupcake* frente a mí—, pero sé que sabes cortar de raíz lo que te causa daño, incluyendo a las personas, aun cuando las amas.

El silencio nos inundó mientras endulzábamos nuestros cafés. Se me hacía imposible no volver a esa tarde donde me despedí de quien pensé era el amor de vida, aquello dolía. Conocí a Felipe en mi último año de secundaria y éramos lo que muchos consideraban la pareja perfecta.

He de admitir que me gustaba que nos elogiara, que muchas chicas aspiraran a algo como lo nuestro, el futbolista y la bailarina. Traté de conectar algún detalle o algún indicio que me haya indicado que me era infiel y, la verdad, no era capaz de hacerlo. De no haber sido por las fotos que enviaron el día anterior, no lo hubiera creído.

Felipe era el novio perfecto, detallista, romántico, respetuoso y divertido, seguro de sí mismo, increíblemente guapo. Estaba loca por él. Tal vez eso era, ¿no? Estaba tan cegada de amor que jamás le vi un defecto o preferí ignorarlos, porque no quería que mi cuento de hadas se viniera abajo.

—¿Piensas en él? —soltó Lina.

—Sí, es que no sé cómo nunca me di cuenta. Dos de esas chicas estaban en la escuela, Lina. ¿Por qué nunca lo noté?, ¿tú sí?

—La verdad es que no. Decoró la mitad de la cafetería en tu cumpleaños, te llevó flores e hizo que la banda de la escuela te tocara una canción. ¿Qué iba a creer yo que sería un mujeriego?

—Te lo juro, estoy muy confundida en este momento.

—Está bien sentirse así, Luciana. O sea, fue una relación larga, tu primera relación seria. —Se me acercó más—. Fue tu primero también, es lógico que sintieras este amor loco y ciego por él, pero mejor agradece que ya terminó, que no te dejaste arrastrar a ese círculo tóxico que él tiene. —Se alzó de hombros—. La basura se sacó solita, es como eso.

Fue imposible no sonreír, ella presionó mi mano sobre la mesa.

—Te aseguro que cuando le digas a tu mamá, te dará su mejor consejo...

—Todo pasa por algo —susurré, ella asintió.

—Tu madre es una mujer sabia y de experiencias, al final, aunque no lo queramos ver, terminamos comprendiendo por qué nos pasaron las cosas.

—Sí, tienes razón.

—Pero igual, no te reprimas, llora, grita, destruye sus cosas si así lo quieres, pero no te estanques ahí, ¿está bien?

—Sí, señora.

Ella sonrió con suficiencia. Poco a poco el ambiente y la conversación cambiaron, terminamos de comer y luego de pagar, nos dirigimos a las tiendas. Lina necesitaba ropa seria para su nuevo trabajo en una importadora y yo debía hacer cotizaciones de lo que pensaba llevar a la universidad.

En ese nuevo camino, ella decidió tomarse un año sabático, trabajar y estudiar otro idioma mientras se decidía por una carrera universitaria. En cambio, yo había logrado ingresar a una de las mejores universidades de arte y danza, para profesionalizarme como bailarina.

El *ballet* era mi pasión desde que recuerdo, siempre me encantó la belleza y sutileza con la que las bailarinas se movían, cómo lograban transmitir mensajes, emociones y sentimientos por medio de sus pasos. Además, hacían que la música cobrara vida en sus interpretaciones.

Desde la primera vez que me pusieron un tutú, supe que eso quería para mi futuro y trabajé duro, practiqué día y noche hasta tener ampollas en mis pies, pero al final lo logré, entré al prestigioso lugar y con una beca.

—¿Hoy llega tu papá? —preguntó Lina. Entretanto, revisaba las chaquetas de cuero de un perchero.

—Sí, su vuelo arriba a eso de las cuatro, creo que tipo cinco estará en casa.

—¿No iras por él?

—No, mamá le está organizando una cena sorpresa, hará su favorito, lomo relleno.

—Diablos, me colaría, pero debo ir con mi madre al cumple de una tía.

—Tú siempre serás invitada, igual él querrá saber de ti, así que llega mañana.

Ella dio un pequeño brinco y me abrazó por los hombros. Lina, para muchas personas, podría resultar demasiado extrovertida o demasiado seria. Casi siempre conocían sus dos extremos, mas ella conmigo era como un equilibrio de ambos.

Al cabo de dos horas recorriendo los tres pisos del centro comercial, nos despedimos en el estacionamiento, ella tenía que ir a buscar a su madre y yo debía regresar a ayudar a la mía con la cena.

Después de un largo abrazo, la vi partir y mientras avanzaba hacia mi casa, comencé a sentirme afortunada por la vida que tenía. Quizás esta relación no había funcionado, pero después de todo, no era el fin del mundo y por el momento tenía muchas cosas diferentes en que pensar.

Aceleré un poco más y llegué con rapidez a mi casa, pude sentir el olor de pastel de manzana en cuanto bajé del auto; el olor a canela y manzanas acarameladas era atrapante. Casi corrí hasta la cocina, donde encontré a mi madre batiendo con suavidad un puré de papas. La cocina tenía el aroma suave del ponqué. Sin embargo, en la mesa del comedor descansaba un hermoso filete de carne que reposaba un poco antes de ser devorado.

Besé su frente y tomé una pequeña probada de puré que estaba en la orilla de la taza, el intenso sabor a mantequilla se mezclaba a la perfección con las papas y un trozo crujiente de tocino fue triturado por mis dientes.

Aunque bien sabía que no podía abusar de ese tipo de comida, era muy difícil decirle no a la cuchara de mi madre. Salí de la cocina con un pequeño trozo de pan con mermelada y subí hasta mi habitación.

Entrar a mi habitación era como llegar a mi mundo, mi universo, mi propia galaxia. Tenía una agradable pintura color púrpura que le daba un toque de elegancia. La cama estaba bien hecha, cubierta con cinco pequeños almohadones y los dos peluches con los que he dormido desde que tengo memoria; una pared estaba cubierta casi en su totalidad por fotos de mi familia y, sobre todo, de mis amigas de secundaria. Me encantaba revivir esos momentos que hace un año eran mi presente y con el tiempo solo formaron parte de mi pasado, aunque es inevitable no sonreír al ver las poses nada serias que hacíamos y los lugares que visité.

Me despojé del vestido y me metí a la ducha. El agua tibia era un relajante excepcional y fue en ese momento que entendí por qué nuestro almuerzo era tan elaborado: mi padre volvía hoy. Era piloto y trabajaba para una aerolínea muy prestigiosa y por seis largos meses viajaba a través de todo el mundo. Adoraba su trabajo, pero sabía que adoraba el tiempo que pasaba en casa y gracias a Dios eran seis meses del año que disfrutaba al máximo, lo que lo convertía en seis días porque parecían acabar muy pronto. Salí llena de emoción, me puse un vestido de lino blanco, era una tela muy fresca para el día un poco caluroso. Cuando bajé, ayudé a mi madre a poner la mesa. Pese a que era de día, encendí un par de velas con aroma a lirios.

La carne lucía como un manjar y parecía llamarme cada vez que pasaba cerca de ella, minimizaba mi hambre al tomar un par de uvas del adorno que estaba sobre el desayunador, lleno de frescas frutas y algunas rosas en el centro. Después de unas tres vueltas, solo quedaban como dos uvas. Mi madre me lanzó una mirada de reproche y luego sonrió.

Creía que jamás admiraría a alguien de la misma manera en que lo hacía con mi madre; era una mujer hermosa, tanto por dentro como por fuera, a pesar de sus casi cincuenta años, se mantenía muy bien cuidada, mas no odiaba sus arrugas, ella decía que eran señal de arduo trabajo y de sabiduría. Tenía la piel blanca y unas pequeñas pecas en la nariz que me fueron heredadas, los ojos café muy oscuro y largas pestañas curvas que casi tocaban sus

cejas, que también fueron obsequiadas en mis genes. Aún lucía delgada gracias a los genes de mi abuela que se veían muy bien reflejados en mí.

En definitiva, era una mujer hermosa. Además, era muy cordial, amable y sincera. Me enseñó a decir la verdad siempre sin importar nada, ya que «la verdad duele un instante y la mentira siempre se recuerda». Estaba llena de alegría y era muy agradable conversar con ella.

El timbre sonó con fuerza y ambas dimos un pequeño brinco y luego reímos, nerviosas. Corrí hasta la puerta y me tiré en los brazos de mi padre ni bien lo vi. En su cabello se dibujaban algunas canas plateadas y las arrugas se definían intensamente alrededor de sus ojos. Su tez canela lucía un tono bronceado, pero cansado. Me abrazó con fuerza por unos minutos, tomé su mano y lo guie hasta donde mi madre, que lo miraba con gran admiración y los ojos llenos de lágrimas, se abrazaron muchísimo y fue hasta que sonó mi estómago que decidí interrumpirlos, avanzamos los tres hasta el comedor.

PROGRESO

Mi padre conversaba sobre París y lo hermosa que era la isla Aruba. Las pesadas maletas negras quedaron casi tiradas sobre la alfombra de la sala. En dos largos pasos llegué hasta el comedor, papá reía con fuerza por mi notable desesperación por comer.

Serví una exagerada cantidad de puré y mi madre puso un grueso trozo de carne sobre el plato, la salsa tenía un profundo tono marrón y el olor del romero sobresalía agradablemente. Devoré en pocos minutos la mitad de la comida. Estaba demasiado delicioso, la carne se deshacía en mi boca y la mantequilla se acentuaba a la perfección con las papas. Mi padre parecía disfrutar de la misma manera que yo.

El almuerzo se extendió después del delicioso postre de tarta de manzana con helado. Sin duda, después de esto tendría que hacer al menos unas tres horas de ejercicios para compensar la cantidad de calorías ingeridas. Escuché a mi padre, las horas pasaban con

bastante rapidez, sus historias distraían muchísimo mi mente que viajaba a la hermosa ciudad de Barcelona.

—¿Cómo está Felipe? —La voz suave de mi madre rompió mi burbuja. Tuve que tomar una larga respiración más un trago grande de zumo de naranja.

—Hemos terminado. —Mi tono salía dando pasos en falso de mi garganta, no tan segura como esperaba.

—Vaya, lo lamento, pero recuerda que todo sucede por alguna razón. —Mi madre sonrió y le correspondí igual, si algo amaba de ella era la capacidad que tenía para preguntar solo lo justo sin presionar demasiado.

La conversación sobre los viajes de mi padre retomó su curso. Luego de una hora frente a los trastes sucios, empezamos a llevarlos hasta la cocina. Trasladamos la charla a la sala, donde poco a poco abríamos las tres maletas; una de ellas estaba llena en su totalidad de obsequios para mi madre y yo.

Cada obsequio era más hermoso que el anterior. Nuevas tazas con el nombre de los lugares que él visitó; Roma, París, Sídney, Barcelona, Londres, Bogotá y otros más. Los acompañaban dos hermosos bolsos, una chaqueta, camisetas, bufandas y una preciosa cadena con un dije tipo relicario en el que pensaba colocar una foto de ellos.

Las siguientes horas continuamos dentro de la sala sin parar de hablar. Mi padre pretendía celebrar una segunda luna de miel, lo cual casi le sacó las lágrimas a mi madre, quien solo logró darle un tierno beso. Desde que tengo memoria, soñaba con tener una relación como la de mis padres, completamente imperfecta, pero única. Ambos maduraron el uno al lado del otro. Como hija única, logré ver cómo su amor se volvía más fuerte cuando las cosas se tornaban malas.

—¿Cuándo debes ir a la universidad, hija? —Mi padre me distrajo de mis pensamientos.

—En dos semanas debo ir al recorrido por el campus y luego tendré una semana para instalarme.

—¿Tienes todo listo?

—Así es.

Me regaló una sonrisa llena de orgullo. Al final, pareció haber aceptado que mi pasión en la vida era la danza y mi mayor sueño era convertirme en una bailarina graduada de la

Universidad Nacional de Arte y Lengua. Al cabo de una hora más, subí a mi habitación cargando mis regalos y los puse con suavidad sobre la cama.

Encendí la computadora, quizá conversar con Lina, mi mejor amiga desde el jardín de niños, me daba un poco de confort a los pensamientos que en soledad se dispersaban en mi mente como fuegos artificiales. Mi celular repicó y me hizo brincar, conocía el tono de llamada, dejé que esta se perdiera y con ella unas cinco más. A la séptima no tuve de otra y respondí.

—Bueno. —Mi voz sonó tranquila.

—Luciana, por favor, no podemos terminar. —El timbre desesperado de la voz de Felipe sonó a través de la bocina.

—Creo que ya es demasiado tarde. Tomé una decisión y es firme, no daré un paso atrás. Pronto me iré, tú continúa con tu vida que, sin duda, yo lo haré. —La seguridad e incluso ira que se veía reflejada en mi voz, me sorprendió.

—¿Puedo ir a tu casa?

—No. Adiós, Felipe. No llames más.

—Espera, tú sabes que te amo.

—¿A mí y a cuántas más?

—Por favor, no seas así.

—No, Felipe, tu concepto de amor no es el mío y ya no puedo ser solo un adorno más en tu vida, un objeto que mueves a tu disposición y beneficio...

Sin decir nada más, colgué. Antes que pudiera llamar otra vez, mandé su número a la lista de bloqueo de mi celular, una aplicación que jamás pensé usar con él. Llevaba casi dos años a su lado, teniendo una relación que por alguna razón cada día me dejaba un sabor más amargo. Luego de iniciar mi vida sexual con él, eso era lo único que parecía mantenernos unidos. Todas nuestras citas terminaban en la cama y nuestras discusiones eran resueltas de la misma manera.

Sin saber en qué momento, él creó un horario de visita, en una hora específica. Si yo quería otro día o en otro momento, su humor daba un giro de ciento ochenta grados y todo lo que yo dijera era usado en mi contra. Cuanto más lo pensaba, entendía la manera

en la que fui chantajeada emocionalmente por él. Tan solo había visitado mi casa un par de veces, mientras exigía que yo fuera a la de él al menos unas tres veces por semana.

Los rumores en mi círculo social se esparcieron como pólvora, claro, nunca creí alguno, sabía que Felipe tenía la fama de ser un chico irresponsable y mujeriego, pero yo quería cambiarlo, sin darme cuenta quien cambió... fui yo.

Pasé el resto del día eliminando fotos de mi computadora, sus correos, sus mensajes y todo aquello que me lo recordaba. Mi conversación virtual con Lina se extendió por horas, eran las diez de la noche y aún conversaba con ella.

Tenía una mente ágil, decía las cosas tal como las pensaba y sentía, rara vez se quedaba callada, si la provocabas, la encontrabas con facilidad. Era muy leal y honesta, características que siempre admiré en ella.

«Has hecho muy bien en terminar con ese hombrecito, sus pocas neuronas desgraciadamente están ubicadas en otro lugar que no es su cerebro».

Cada comentario me hacía reír, tal vez mandé unos cien mensajes de risa.

«Aunque ahora me siento tranquila, creo que en algún momento romperé a llorar», *respondía.*

«Ni se te ocurra hacerlo, eso sería darle más importancia de la que merece, si te deprimes has ejercicio», *regañaba.*

«Tienes razón, debería practicar un poco, estoy muy nerviosa».

«Pero ¿por qué te preocupas? Eres una excelente bailarina, tienes montones de medallas y trofeos, más aún, te ganaste una media beca en la universidad más prestigiosa de la ciudad, no seas modesta, Lucy».

Lina me hacía sonreír. Volteé a ver el estante donde descansaban mis trofeos de danza, arte que practicaba desde los seis años. Toda mi vida soñé con ser una bailarina principal del *ballet* de New York. Cada día admiraba aún más la belleza de las bailarinas, la suavidad e intensidad de sus movimientos, más que todo el cómo sus cuerpos parecían moverse con el viento. Todo en ellas transmitía una emoción: alegría, enojo, tristeza; podía sentir todavía a través de la pantalla del televisor, lo que ellas querían expresar.

Al charlar con Lina, recordé lo nerviosa que estaba el día que audicioné para la señorita Griffin, la decana del recinto de danza de la universidad. El salón de mi colegio lucía

mucho más grande con ella sentada en la primera fila, mis manos sudaban y mi corazón latía en mi cuello. Caminé al centro del escenario sintiéndome torpe y descoordinada, el piano suave de *Claro de Luna* invadió el ambiente y pareció entrar por mis poros.

Mi cuerpo empezó a moverse con la suavidad de la música y con cada paso acariciaba cada nota, casi podía percibir cómo golpeaban en el viento. Mi mente y mi cuerpo se conectaron dando la oportunidad de mostrar mi talento al máximo, la señorita Griffin desapareció del salón, comencé a bailar sola guiada por mis instintos, por mi cuerpo, las emociones que invadían mi ser.

En un perfecto acto de coordinación, mi cuerpo se detuvo con la música y todo tomó su lugar en la realidad. Los ojos negros de Griffin estaban fijos en mí, una media sonrisa cruzó su rostro, movió la pluma por la hoja y sin decir nada se retiró.

Dos semanas después el sobre llegó a mi buzón, mi madre, mi padre y Lina observaban cada uno de mis movimientos. Leí la carta unas tres veces, sin darme cuenta de que lloraba.

—¿Lucy? —Mi madre llamó mi atención, fijé mis ojos en ella, la ansiedad marcaba el ceño en su frente.

—Entré —susurré a media voz.

Los gritos se elevaron a decibeles escandalosos, mientras Lina me abrazaba, mi madre le leía la carta a mi padre, ambos luego me abrazaron con fuerza.

Los siguientes meses en la escuela me dispuse a disfrutarlos al máximo, lloré mucho en mi fiesta de promoción y cada día mi ansiedad por entrar al nuevo mundo universitario aumentaban. El timbre del celular cortó mis recuerdos, cuando miré el número de Lina respondí con celeridad.

—Hola.

—¿Por qué no respondes? —sonó agitada, revisé nuestra conversación y había cinco mensajes que no respondí.

—Lo siento, estaba un poco distraída.

—¿Pensando en Felipe?

—No —contesté de inmediato—. En la universidad.

—Está bien, más te vale. ¿Cuándo debes ir al recorrido?

—En dos semanas, ¿vienes conmigo?

—Claro, yo tengo que ir el sábado a las oficinas del señor Gómez, ¿me acompañas?

—Por supuesto que sí.

—Bueno, responde los mensajes.

Sin darme tiempo de responder, colgó la llamada. Lina había logrado unas pasantías en una muy prestigiosa importadora y almacén aduanero llamado Gómez. Claro, tenía la gran ventaja que su hermana trabajaba ahí desde hacía ya varios años.

Continué mi conversación con ella hasta casi las doce de la noche donde, vencidas por el cansancio, cada una buscó su cama. Mi cuerpo se sentía cansado, pero mi mente estaba aún más agotada y, sin saber cómo, me quedé dormida.

NUEVOS COMIENZOS

El campus universitario era enorme, los grandes edificios de cristales o de ladrillos rojos, se extendían por todo el formidable terreno, las calles eran anchas y muy limpias. Los grupos de estudiantes se movían en las aceras mientras hablaban, luciendo cómodos. Algunas chicas corrían vestidas con los típicos trajes de danza. Mi estómago se cerró y tuve que tomar respiraciones más profundas porque el oxígeno parecía no llegar hasta mis pulmones.

Dejé el vehículo en uno de los amplios estacionamientos, una variedad de ellos estaba presente, desde muy antiguas minivan hasta lujosos convertibles.

—Hola, buenos días, ¿vienen a la visitada guiada? —Un apuesto joven de tez morena nos mostró sus perfectos dientes blancos.

Lina y yo volteamos a vernos y unas risitas nerviosas se escaparon de nosotras, esto provocó que la sonrisa del chico se expandiera.

—Sí, por eso estamos aquí —alcancé a decir.

—¿Qué especialidad? —indagó él.

—¡Danza! —La voz de Lina salió con demasiada emoción, esto la ruborizó hasta las orejas.

—Muy bien, síganme. La señorita Griffin dará una charla y luego iniciaremos el recorrido.

Caminamos detrás del joven hasta un hermoso edificio con una antigua infraestructura, por dentro decorado de manera sobria, clásica, demasiado hermoso.

Los amplios cuadros de bailarines se extendían por toda una pared, un candelabro enorme iluminaba con una tenue luz amarilla, dándole un aire un poco gótico y medieval al espacio. Los volantes de diferentes presentaciones estaban también enmarcados en otra pared, estaba consciente que la UNAL daba las mejores y más prestigiosas presentaciones de danza de toda la ciudad.

Seguimos al joven hasta un amplio salón, algunas personas ya ocupaban un espacio en el complicado diseño de sillas ascendentes, parecía más un diseño para un estadio.

Esperamos unos veinte minutos hasta que el salón se llenó por completo, segundos después, una estilizada señorita Griffin llegó al lugar, lucía más pequeña y delgada de lo que la recordaba, aunque, por supuesto, estaba muy nerviosa la única vez que la vi.

Se sintió muy observada de mi parte que, en algún momento, sus ojos chocaron con los míos y sonrió de verdad, haciéndome sonreír también. Se colocó detrás del podio, no cargaba hojas de guía, al parecer era un discurso muy ensayado o improvisaba.

La voz firme y segura amplificada por el micrófono llenó toda la estancia, incluso me empujó en mi asiento. Habló por una hora sin perder el hilo y sostuvo de vez en cuando mi mirada.

—Los rostros que hoy observo, tal vez algún día engalanen los afiches de nuestras presentaciones. Sus aspiraciones en todo el curso deben ser las más altas, ser bailarines y bailarinas principales, no simples papeles secundarios. Los más ambiciosos, ágiles, decididos y sobre todo humildes, son los que llegarán más alto a la cumbre. Están aquí por su talento, su destreza, su determinación, recuérdennos eso cada día, sorpréndannos y verán que la UNAL los llevará más allá de todo lo que algún día soñaron. —Se detuvo, nos regaló una blanca y cálida sonrisa, sin decir más, buscó la salida.

Aplaudimos de inmediato, al igual que yo, cada uno allí reunido sentía que esas palabras eran para ellos, casi podía repetir a la perfección su discurso en mi cabeza.

—Bueno. Ahora, chicos, nos dividiremos en grupos de diez y cada uno seguirá a un líder para recorrer el campus universitario. —La voz del joven de linda sonrisa no era tan firme como la de la directora.

Lina tomó mi mano y me arrastró como un cohete, fuimos las primeras en el grupo del joven Teodoro, quien en las siguientes casi tres horas nos mostró toda la universidad.

Era consciente de que para entrar a una fraternidad debías ser invitado por un miembro o haber heredado tu puesto, ninguno de los casos aplicaba conmigo. Con la ayuda de mi padre, logré ser ubicada en una de las habitaciones del recinto, lo que me permitió ahorrarme mucho dinero en alquiler de apartamento. Aunque contaba con una media beca, sabía que el otro porcentaje corría a cuenta de mis padres y la cantidad no era pequeña.

De regreso a casa, me detuve con Lina en una pequeña cafetería no muy lejos de la residencia. La conversación sobre clases y pasantías fue nuevamente un excelente distractor, tenía ya dos semanas de haber terminado con Felipe y mi mente rara vez había pensado en él.

—¿Quién diría que llegaríamos a este punto? —Lina sonrió con fuerza, había cierta nostalgia en su voz.

—Es increíble cómo pasan los años, ¿verdad?

—Sí, aún recuerdo cuando jugábamos a la guerra en el patio de tu casa.

Ambas reímos, nunca fuimos lo que se diría unas niñas muy femeninas, vivíamos cubiertas de tierra, teníamos más balones que muñecas y el lodo o un par de cajas, eran más que suficientes para entretenernos por semanas.

—Eras muy mala perdedora —susurré con burla.

Me miró con los ojos bien abiertos y luego rio a carcajadas.

—Tú hacías trampa.

—Claro que no, siempre jugué limpio, vos eras la tramposa.

Rio aún más, sabía que decía la verdad, siempre movía el punto de descanso un poco para refugiarse ahí y así poder descansar y luego vencerme.

—¿Recuerdas cuando rompimos la vajilla de tu mamá?

—Cómo olvidarlo, si aún me lo recuerda —respondí con rapidez. Reímos al mismo tiempo, me castigaron casi un mes por ese enorme accidente.

Charlamos aún en el vehículo, sin duda habían pasado muchos años. Lina trabajaría en la importadora como recepcionista del segundo almacén y yo iría a la universidad.

Luego de dejarla cerca de su casa, me dirigí a la mía. Mi madre me recibió con té helado y galletas de avena caseras. Me tomó dos horas contarle todo acerca de la universidad, tuve que repetir parte del discurso de la directora y cuando llegó mi padre, me tocó hacer el mismo proceso.

A las siete subí a mi habitación, después de un baño me dispuse a ver una película. Adoraba el séptimo arte, las historias de amores imposibles me parecían hermosas, pero aún más que una buena película, me derretían los libros, los poemas cargados de romanticismo y sobre todo desamor. Me resultaba fascinante cómo el desamor parecía darle un nuevo giro al concepto del amor, cómo nos recuerda ese lado oscuro de algo que siempre se pinta tan perfecto y maravilloso.

Cuando terminó la película, encendí el pequeño reproductor que estaba sobre mi tocador, las graves notas del piano me atraían de forma deliciosa. Me moví hacia la barra que mi madre mandó a instalar una vez en mi habitación. Mi cuerpo se reflejó en los tres amplios espejos, no era muy fanática de verme en ellos y, por supuesto, era mi peor crítica.

Estiré mis músculos, acomodé luego todos mis huesos, coloqué cada articulación en su lugar y me dejé mover por la música; cada nota empujaba mi cuerpo a hacer un nuevo paso y desplazarse por todo el espacio de mi habitación. Mis manos se detenían justo en el momento preciso antes de golpear la pared o un espejo, mis piernas estiradas quedaban a pocos centímetros de mi cama, tantas horas de práctica ya me habían dado una noción segura del espacio con el que contaba.

La última semana transcurrió con particular rapidez, entre compras, cenas y risas. Mi madre y yo pasamos todo el día un centro comercial, comprando ropa, artículos de belleza y zapatos.

Una de las tiendas se especializaba en todo para la danza; compré medias, leotardos y unas bellas zapatillas de *ballet* rojas, un color singular, pero eran muy lindas.

Tomamos un descanso para almorzar y continuamos con las compras, llegamos agotadas a casa. No entendía cómo hacían las chicas adictas a las compras que pasaban mucho tiempo recorriendo los centros comerciales hasta tres veces, aunque debo admitir que parecía un buen ejercicio.

Lina y algunas de mis amigas organizaron una fiesta de despedida un sábado, sabía que ya todas tenían un plan que pronto iniciarían.

—¿Negro o blanco?

Lina me mostraba dos vestidos demasiado cortos para mi gusto, por lo general ella prefería los *jeans* y cualquier ropa cómoda, pero cuando se trataba de salidas, su cambio era radical, sacaba los vestidos y faldas más cortos de su armario con los zapatos más extravagantes y altos.

—Negro —dije con cierto aburrimiento. Ya llevábamos tres horas en ello. Bueno, ella. Yo ya estaba lista.

—Cambia esa cara —soltó al tirarme un vestido—. Apúrate. ¿Tú ya estás lista?

Me miró de arriba abajo, sin duda no aprobaba mi atuendo.

Vestía mis *jeans* más ajustados, zapatos con algo de tacón y una sencilla blusa celeste de seda, era lo más elegante y arreglada que podría lucir.

—Sí —hablé con firmeza, aunque pareció no notarlo porque rompió a reír con demasiada fuerza.

Los altos tacones negros brillantes que ahora usaba, le daban un contoneado algo exagerado al caminar.

—Ponte esto.

Me tiró un vestido rojo sangre, un color llamativo y escandaloso. Tenía unos tirantes gruesos y parecía que la tela no dio para cubrir la espalda, porque el pronunciado escote llegaba justo hasta donde iniciaba mi cintura. Sin duda, si no cuidaba mi postura o me inclinaba un poco, mostraría mi trasero a todos.

El estilo parecía abrazar mi silueta, resaltando justo lo que necesitaba ser resaltado. Cuando salí del baño, Lina prensaba en la plancha caliente un mechón de su cabello negro.

—Te ves espectacular, no sé por qué encierras ese cuerpo en *jeans* y más cuando vamos a salir, pues tienes piernas de envidia, muéstralas.

Lo último parecía más una orden que un consejo. Por fortuna, me dejó con mis zapatos de medio tacón color piel, con ellos sí podía caminar.

El bar era bullicioso y estaba a reventar, las mesas eran demasiado altas para sentarse de manera apropiada como para lucir un vestido tan corto, pero después de tres intentos, lo logré. Nuestro grupo era el más grande en el lugar, once personas en total, todos hablaban al mismo tiempo, riendo sin saber por qué.

Las cervezas y cócteles se multiplicaron con cada hora. Uno de los chicos, un tanto motivado por el alcohol en su sangre, dio un accidentado brindis sobre lo mucho que me iban a extrañar y los buenos deseos que me tiraban.

A las tres de la mañana caminábamos hacia mi auto, Lina llevaba sus altos zapatos en las manos y mi visión no era borrosa. Sin embargo, me sentía mareada, tomé aire dentro del vehículo y esperé un buen tiempo hasta que bajara un poco el efecto.

Una vez que me sentí mejor, me fui a casa. Había sido una gran noche, tenía solo el domingo para recuperar energía y así el lunes iniciar la mayor travesía de mi vida: la universidad.

INTENSIDAD

Su cuerpo se movía de una forma armoniosa, parecía que el mismo viento obligaba a sus curvas femeninas a lanzarse a una batalla marcada por el suave ritmo del timbal, sus manos eran como armas afiladas que herían al viento cada vez que las extendía y sus piernas parecían de bronce que fluía a través de sus medias caladas.

La delicada tela del tutú blanco se sacudía con su cuerpo y en un movimiento un tanto sobrenatural, su cuerpo descansaba sobre la punta de los dedos de sus pies, la sonrisa de su rostro no se borraba y las pequeñas gotas de sudor hacían brillar la piel canela de su frente. Toda su cara tenía una especie de rubor y su pecho parecía arder como las llamas, por completo rojo, contrataba de manera exagerada con el tono bronceado de sus brazos. El sonido grave del timbal se detuvo y, con él, la bailarina que parecía pedir a gritos el oxígeno que le hacía falta a sus pulmones, sus labios abiertos formaban una pequeña O y competían por aire con su fina nariz.

La profesora se levantó del sillón cubierto de cuero rojo, ese pequeño gesto significaba que era hora de iniciar. Corrí con los demás bailarines a buscar un espacio en la barra que flotaba sobre el piso. Todo mi ser se vio reflejado en los enormes espejos y rápidamente aparté mi mirada, odiaba verme.

Coloqué mi cuerpo en una posición recta, de este modo obligué a mis vértebras a encontrar su verdadero lugar, mis pies paralelos a mis hombros y mis manos firmes, pero no rígidas, mi pelvis alineada con toda mi columna y a pesar de todo, era una posición muy cómoda.

La bailarina, una vez recuperada, iba a buscar un espacio en la barra, mas fue detenida por la profesora.

Su piel contrastaba con su edad, aunque ya superaba los sesenta, era tersa y con pocas arrugas. Su sencillo traje negro era mucho más austero que el de la joven bailarina, y un bastón delgado que terminaba en una curva dorada que tenía el diseño de una enredadera era sostenido por sus largos y bien cuidados dedos. La muchacha se colocó en la misma posición recta que todos nosotros, una mueca de duda cruzaba su rostro, era obvio que no sabía por qué había sido detenida en medió del salón y todos estábamos a la expectativa de la situación.

La profesora extendió su delgado bastón negro, tocó con delicadeza la espalda de la bailarina, que al simple contacto se irguió un poco más, tocó luego sus brazos y ella los cambió a una posición un poco más robótica.

—Buenos días, jóvenes estudiantes. Mi nombre es Leslie Miller, esta es la primera lección de baile que tendrán en todo este periodo y quizá la que nunca olvidarán. —La voz de la profesora era hermosa y solemne, no necesitaba gritar para que su tono retumbara en toda la habitación.

Mi corazón latía con muchísima fuerza y un nudo se formaba en mi estómago, pero el grado de emoción, superaba cualquiera de las otras sensaciones. Luego de unos minutos de un muy profundo y algo tenebroso discurso, el salón quedó en silencio. Entonces, nos introdujo a la bella bailarina, su nombre era Erín; tenía ya dos años en la academia, lo cual explicaba la belleza de sus movimientos y la fluidez de su cuerpo. Nos regaló una agradable sonrisa, se quitó su delicado tutú y tomó un espacio en la barra. A pesar de sus años de experiencia, prefería aprender con los principiantes.

La voz de la profesora dio la orden y todos nos colocamos en primera posición; coloqué mis piernas en paralelo y mis pies formaron una línea con los talones juntos y las puntas hacia afuera, mis manos a la altura del pecho y la espalda ya recta. Sentí cómo el delgado bastón tocó con delicadez mis omóplatos, alineé mi cadera y bajé un poco más el cuerpo.

El bastón se retiró con la misma suavidad. La profesora se movía con delicadeza, su cuerpo mantenía una posición erguida perfecta y fluía con parsimonia con cada paso. Nos mantuvimos en la primera posición alrededor de diez minutos, algunos no resistieron todo el tiempo e hicieron pequeños intervalos de descanso y volvían a la primera posición.

Después de dos horas cambiando a las cinco posiciones básicas del *ballet*, mi cuerpo estaba agotado, el leotardo de tela delgada estaba adherido como una segunda piel debido al sudor, pero aquel cansancio provocaba una gran satisfacción en todo mi ser. Me sentía como un pez que nadaba con fluidez en el amplio océano o como un ave que emprendía su vuelo en el cielo abierto.

Hicimos veinte minutos de estiramiento y la clase terminó, la profesora nos dio una pequeña, pero muy elegante reverencia y todos aplaudimos a su majestuosa habilidad para dar clases. Busqué mi botella de agua e hidraté mi cuerpo, algunos de mis compañeros rodearon a Erín y le hicieron diferentes preguntas sobre la escuela, los maestros y las clases. Contestaba cada una siempre con una sonrisa.

Tomé el bolso color canela que mi madre me había obsequiado una semana después de recibir la carta de aceptación, acaricié el suave cuero con el que estaba fabricado, mis iniciales estaban grabadas en una delicada letra cursiva en uno de sus pequeños bolsillos.

Estaba a punto de salir cuando una suave voz me detuvo, Erín caminó hacia mí con la misma armonía con la que bailaba. Estando al lado de ella, me di cuenta de que era unos centímetros más baja que yo, pese a lucir enorme e impotente mientras danzaba con la misma fluidez del viento.

—Al parecer, tenemos los mismos gustos, al menos en accesorios —comentó con amabilidad.

Me mostró su bolso color chocolate oscuro, era igual al mío, solo que el de ella lucía un poco más gastado, pero al mismo tiempo muy bien cuidado, con algunos broches de una banda que no conocía, lo que le daba un toque aún más personal.

—Mi madre me lo obsequió.

—Dile que tiene un excelente gusto. Soy Erín, por cierto.

Sonreí ante su comentario y ella también.

—Lucy. —Extendió su mano que presioné con delicadeza—. Bueno, es Luciana, pero me dicen Lucy.

—Lindo nombre. —Rizó más los labios.

Su dentadura era perfecta y una pequeña arruga se formaba en su frente cada vez que la mostraba. Caminamos en silencio por unos minutos, pasamos los salones donde los profesores gritaban un tanto desesperados y las respiraciones cansadas de los bailarines se movían en el ambiente.

—Odio que los profesores se exalten con los principiantes, si ya supieran bailar no estarían aquí, ¿no crees? —musitó.

Me concentré en los gritos y efectivamente las clases eran de los nuevos, como yo.

—Tienes razón, cuanto más gritan, menos los escuchamos, pero así son algunos seres humanos, creen que a través de los gritos serán más escuchados, cuando no entienden que dialogando es como se aprende y enseña.

—Qué profunda eres, chica —observó.

Su comentario me causó gracia, no era la primera persona que me decía algo así.

—Muchas gracias, me gusta analizar las cosas desde un punto de vista diferente, no solo dejarme guiar por lo que todos pueden pensar o decir.

—Eso es excelente, algunas personas solo deciden seguir la corriente y jamás sacan sus ideas y pensamientos. Eso es muy triste, se van de este mundo siendo uno más sin dejar una huella o algún pensamiento que desafíe al de las masas.

—Por lo que veo, tú también eres profunda.

Se carcajeó. Continuamos con la charla sobre la originalidad y la falta de firmeza en los principios de cada individuo, un tema quizás un poco profundo para dos chicas menores de veinte años.

Cuando llegamos al edificio donde estaban las habitaciones, me invitó a la cafetería ubicada en el primer piso, estaba algo vacía salvo por una mesa donde conversaban en voz baja y con mucha rapidez cuatro chicas que nos observaron con cierto desprecio al entrar.

Jamás las había visto en la semana que llevaba allí, pero parecía que Erín las conocía muy bien, pues dibujó una enorme sonrisa en su fino rostro, pero algo en ella no coincidía con esa muestra de afecto.

—¿Las conoces?

Erín sonrió un poco más.

—Bueno, la rubia de ojos azules se llama Gabriela y la morena se llama Noemí, están en tercer año y durante mucho tiempo eran las favoritas de los profesores, siempre obtenían los principales en las obras y tenían las notas más altas.

—¿Dijiste «eran»? ¿Qué pasó? —Una pequeña carcajada salió de ella.

—Pues que llegué yo —contestó sin una pizca de ironía— Verás, aunque son magníficas bailarinas, yo obtuve mi primer principal en primer año, algo que ninguna de ellas pudo lograr, obviamente no les agradó y desde ese momento no les caigo bien— explicó. Un suspiro se escapó de sus labios. Volteé a ver a las chicas que nos observaban con cierto recelo.

—¿Y las otras dos?

—Ellas forman parte del grupo del que veníamos hablando, pobres seres humanos que van detrás de la manada, sin tener voz ni voto. Es algo lamentable, realmente son muy buenas, una se llama Nidia, la de los labios muy gruesos y la del leotardo rojo se llama Megan. En mi opinión, son mejores que Gabriela o Noemí.

—Quizá si se separan un poco de ellas dos, podrían ver el potencial que tienen —susurré al ver con disimulo el grupo.

Erín me tomó del brazo y me miró con fijeza, una sonrisa un poco maliciosa se le dibujó en el rostro.

—¿Qué sucede? —musité, curiosa.

—Has dicho algo que jamás había pensado. Vamos a separar a Nidia y Megan de las otras dos víboras y enseñarles el enorme potencial que tienen, además de una gran bailarina, eres una gran persona, única —contestó con una exagerada amabilidad.

Solo logré sonreír ante su halago, no era muy buena agradeciendo ese tipo de comentarios. Conversamos por unas dos horas, en todo ese tiempo las pequeñas mesas se llenaron, en algunas los chicos hablaban de forma ruidosa y en otras hablaban demasiado

bajo, que casi parecían que no se comunicaban. Algunas chicas simulaban comer, se servían en pequeños platos, de esos que se usan para los postres, daban dos bocados y luego dejaban todo, lo cual me parecía una verdadera tontería.

Erín parecía estar de acuerdo conmigo, entre las dos devoramos un delicioso club sándwich y con cada bocado, parecía que éramos asesinadas por las demás personas que aparentemente no entendían por qué comíamos así y, sobre todo, algo que contenía el muy temido pan.

Conversar con Erín era algo muy sencillo, su personalidad era efervescente y tenía tantos gestos que a veces resultaba muy difícil saber qué deseaba transmitir. Reía muchísimo y su carcajada se elevaba aun entre las voces de los grupos chillones. En un par de horas supe muchas cosas de ella. Vivía sola con su padre, que trabajaba para un banco muy importante de la ciudad; estudió desde los cuatro años *ballet* y estuvo en un curso intensivo por dos años antes de entrar a la universidad, cosa que no le costó mucho como a mí, económicamente pertenecía a la clase alta de la sociedad, pero parecía no tomarle mucha importancia al dinero.

Visitaba dos veces a la semana a una pequeña escuela donde daban clases de baile a niñas no mayores de diez años. Se entusiasmó muchísimo cuando acepté su invitación de ir con ella el siguiente miércoles. Trató de explicarme por diez minutos una extraña técnica de relajación, al final se dio cuenta que era inútil y decidió enseñármela en un lugar más privado, dado que según ella era demasiado especial para ser compartida con cualquiera.

Preguntó muchísimas cosas de mi familia, cada respuesta que daba formulaba una nueva pregunta en su cabeza, le resultó fascinante el trabajo de mi padre, y admiró aún más a mi madre, pues la de ella había fallecido el mismo día que nació, aunque lo lamentaba, hablaba con mucho orgullo de su papá, de lo mucho que había aprendido de él y todos los sacrificios que como padre soltero tuvo que hacer.

Conectarme con Erín no resultó nada difícil, después de terminar la comida continuamos una hora conversando y luego nos dirigimos a las habitaciones. La mía era el número cuatro del segundo piso, la de ella estaba en el tercer piso. Cuando entramos en mi habitación, mi compañera aún no había llegado, me sorprendió ver que cerrara la puerta con cerrojo y se colocó en el centro de la estancia.

—Quiero enseñarte mi técnica, pero promete que vas a hacerla, ¿sí?

Verla en posición le dio más seriedad al asunto y solo asentí con la cabeza, me propuse memorizar cada paso y si a ella le funcionaba, debía ser muy efectiva.

—Primero debes ponerte derecha y recuerda alinear tu columna con tus caderas. Ven, hazlo conmigo.

Avancé unos pasos para quedar a corta distancia de ella, me puse lo más derecha que podía y traté de recordar la clase.

Ella separó sus piernas y yo hice lo mismo, subió sus brazos y los dejó caer hasta su cintura con las palmas hacia arriba, flexionó las rodillas. En toda la posición no había un solo movimiento que indicara que iba a relajar alguno de los músculos, parecíamos dos locas haciendo una posición rara de yoga.

—Muy bien, ahora la parte más importante y debes hacerla con fuerza para estirar todos tus músculos. —Asentí.

En eso, sus caderas se movieron como una licuadora de izquierda a derecha, lucía demasiado graciosa. Sacudía toda la parte inferior de su cuerpo mientras una enorme sonrisa se dibujaba en su rostro, no pude hacer nada más que soltarme a reír.

—¿Viste? Sí te relaja, todo lo que te hace reír desde lo profundo de tu ser causa un gran impacto en tu estado de ánimo y, por lo tanto, en tu físico, la forma de pararte, caminar y hablar. No olvides que prometiste ponerlo en práctica —argumentó con una seriedad única.

Me puse en la posición que me había enseñado y comencé a mover mis caderas de derecha a izquierda, era un paso muy gracioso y pude escuchar cómo algunas vértebras sonaron con el movimiento, ambas terminamos riéndonos y practicamos la legendaria técnica de relajación de Erín. Mi compañera de habitación llegó unos diez minutos después que Erín se fue a su habitación, parecía estar bajo los efectos del alcohol, porque no más puso un pie en la habitación, colapsó.

Observé cómo se arrastró al baño y un segundo después vomitaba. Llevábamos una semana aquí y ella llegaba ebria por segunda vez. Cuando todo se quedó en silencio, entré al baño, menos mal la tapa del inodoro estaba abajo y no pude ver nada asqueroso. Ella se acurrucaba casi abrazando el borde del pequeño mueble del lavamanos, la tomé de los brazos, al principio opuso cierta resistencia y luego cedió.

Tomé una toalla pequeña que humedecí, limpié su rostro y cuello, le quité la camiseta que tenía ciertas gotas de vómito y casi la cargué hasta su cama, en cuestión de segundos se quedó dormida, ni siquiera sabía cómo se llamaba y ya me sentía como su mamá.

Salí de la habitación para llamar a mi madre. Escuchar su voz era reconfortante, tener a mi padre por seis meses le ayudaba mucho a acostumbrarse a que yo no estaría ahí por un buen tiempo, solo me preocupaba qué ocurriría con ella una vez que papá regresara a su trabajo. Le conté sobre Erín y su personalidad chispeante y casi infantil, le pareció una persona muy genuina y le encantó que entablara una amistad con ella, después de todo, en una semana era la única persona con la que había compartido cierto tiempo. Fue muy difícil los primeros días, parecían que todos ya se conocían, me sentía excluida, pasaba de las clases a mi habitación y no salía para nada, llamaba a mi madre cada veinte minutos y al tercer día ya había pensado en renunciar. Fueron sus palabras las que me mantuvieron e hicieron aguantar un poco más, aunque al final ella sabía que la decisión era mía.

Conversé con ella una media hora y luego con mi padre unos cuantos minutos, volví a mi habitación donde mi compañera roncaba un poco, la empujé para que se diera la vuelta y todo quedó en silencio. Me acosté en mi cama, aunque físicamente estaba cansada, sentía mucha emoción, mi vida parecía ir en una dirección muy buena, tenía dos padres maravillosos, estaba cumpliendo el sueño que tenía desde que era una niña y estudiaba en la universidad que tanto quería.

Mi corazón se sanaba de las últimas heridas y mi mente ocupada ayudaba a que todo el proceso fuera llevadero, había conocido a una chica muy agradable y todo a mí alrededor al final producía felicidad, sin darme cuenta, sonreía y dejé que Morfeo me atrapara en sus brazos.

POTENCIAL

Sentí cómo el colchón se hundía muy cerca de mis pies, una mano helada tocó mi pantorrilla y fue un susto espantoso. Cuando me incorporé, miré a mi compañera de habitación, parecía un poco desorientada, tenía el maquillaje negro corrido hasta sus mejillas dándole un aspecto de panda un poco deplorable.

—¿Te encuentras bien? —Fue lo único que pude preguntar, realmente no la conocía, ni siquiera sabía su nombre.

Al segundo que entró en la habitación el primer día, se fue y no regresó hasta dos días después, jamás la había visto en ninguna de mis clases, como no obtuve respuesta, volví a preguntarle, parecía no estar muy segura de que responder.

—Sí. Estoy bien. No sé qué ha sucedido conmigo, llevo una semana aquí y ya he llegado ebria dos veces, y tuve relaciones con un chico que no recuerdo su nombre, ¿por qué hago esto? —Tenía la voz áspera, quizás por haber vomitado la noche anterior.

Todo lo que salía de su boca parecían pensamientos dichos en voz alta, sus ideas y preguntas a las que solo ella tenía respuesta. Volteó a verme después de unos minutos en silencio.

—Me llamo Susana. —Estiró su brazo que, por alguna razón, estaba cubierto de brillantina.

Le di la mano y traté de sonreír.

—Me llamo Luciana, pero me dicen Lucy.

Me sonrió y retiró su mano de la mía, se puso de pie y estiró su cuerpo.

Era delgada como todas las chicas aquí, tenía tatuada una pequeña mariposa en su hombro derecho y la palabra libertad en su espalda baja.

—Están bonitos tus tatuajes —halagué, sonrió ante mi comentario y se acercó a donde me encontraba ya de pie haciéndome una cola alta.

—Muchas gracias, el primero me lo hice a los quince y de ahí los otros poco a poco. —Subió su camiseta, un árbol de cerezo se extendía desde su cintura hasta las costillas.

—La flor de la inmortalidad.

—Así es, sabes la historia, por lo que veo. Ese me lo hice a los dieciocho, la mariposa dos meses después y la palabra libertad fue el primero.

Me sorprendía lo muy bien detallado que estaban todos, las letras tenían un trazo suave y delicado, en ella lucían como bellas pinturas.

Se puso de espaldas y subió la mitad de su blusa, en su espina dorsal se dibujaba un diente de león que parecía que el viento lo había soplado y esparcido por toda su espalda, pero de esa misma flor surgían aves que volaban con total libertad.

—Es hermoso.

—Y dolió muchísimo —añadió. Pude ver una débil sonrisa—; fue el último que me hice, tres días después de ser aceptada aquí. Significaba un cambio en mi vida, hacer lo que me apasiona y dejar atrás todo lo que me hacía daño, pero no lo cumplí.

Parecía avergonzarse, bajó su blusa y, con ella, su mirada. Se sentó en el borde de su cama.

—No te he agradecido, ¿verdad?

Sabía a lo que se refería, pero no necesitaba su agradecimiento.

—No tienes por qué hacerlo, tranquila. —Se puso de pie y me abrazó, le regrese él gesto.

Esos eran los momentos que los hombres quizá no comprendían, el grado de una mujer para dar las gracias iba más allá que la simple palabra. Dos sonoros y rápidos golpes en la puerta nos hicieron separarnos, cuando la abrí, una muy arreglada y lista Erín esperaba.

—¿Aún no estás lista?

Miré la hora, faltaba un cuarto para las ocho, nuestra clase iniciaba a esa hora y no teníamos tiempo extra, quien llegaba tarde sabía que no podía entrar ni reponerla. Me metí con rapidez en el baño, cuando salí ya con mi sostén y licra, encontré a Erín conversando de manera animada con Susana, que en ese momento le hacía una moña alta en su cabello negro. Me puse una delgada camisola blanca y busqué el bolso que me había obsequiado mi madre.

—Erín, ¿nos vamos? ¿A qué hora es tu clase? —Susana volteó a verme, parecía que no tenía idea.

¿Sería que en toda la semana no había asistido a ninguna? sentí compasión y enojo hacia ella.

—Alístate, en la parte de abajo hay un muro con los horarios, busca a tu grupo que es el que sale en tu hoja de matrícula y vas a clases, a la hora del almuerzo te veo en la cafetería.

—Mi tono de voz fue un poco autoritario y todo salió como una orden, pero Susana sonrió en agradecimiento, Erín le dio un abrazo y salimos de la habitación.

Corrimos entre los estudiantes que se movían con muchísima pereza, bajamos las escaleras y evitamos el ascensor, de esa manera calentáramos antes de iniciar la clase.

Sentí un calambre en la pierna justo cuando llegué al primer piso, faltaban dos minutos para las ocho y no podía darme el lujo de atender mi cuerpo. Ambas entramos a la misma vez en la puerta causando un gran alboroto, todos los alumnos ya formados en dos perfectas líneas nos miraron como si hubiésemos asesinado a alguien.

El profesor era un hombre alto y muy pálido, utilizaba la barba cerrada y tenía los ojos azules un poco odiosos o quizá era la forma de vernos en ese momento.

—Llegan quince segundos antes de que inicie mi clase, yo no tolero la impuntualidad. Que no se repita. —Su voz era muchísimo más fuerte que la profesora del día anterior, al parecer era del tipo de profesores que gritaba para ser escuchado.

Asentimos como niñas regañadas, aunque claro, eso éramos, avanzamos y nos ubicamos cada en una en las dos líneas que ya estaban formadas.

Erín se colocó en la primera, sonriéndoles a todos los chicos, quienes parecían sentir cierta atracción hacia ella, yo me coloqué en la segunda, no tenía la misma seguridad y quizá podía guiarme de sus pasos.

En la esquina del salón había dos señores y tres timbales, uno negro un poco pequeño y uno rojo muy grande. Uno de los sujetos tenía lentes y entre sus piernas un hermoso timbal con el tono natural de la madera, el otro estaba al lado del negro. El hombre de lentes empezó a golpear con delicadeza el instrumento, su sonido era constante y profundo, un poco grave. El profesor se colocó enfrente de la primera fila, su cuerpo se convirtió en una perfecta línea recta, así que todos tomamos esa misma posición.

Estiró sus dedos hacia el techo, pude ver cómo se marcaban los músculos en sus brazos. Como buenas marionetas, seguimos su movimiento y sentí cómo mi espalda terminó de estirarse. Bajó sus manos y giró con suavidad su cuello, cada movimiento fue seguido por los doce alumnos que se encontraban en ese salón. El sonido grave del timbal era muy hermoso y ayudaba a no sentir el dolor de algunos músculos cuando eran estirados y reacomodados.

Hicimos un calentamiento de veinte minutos, las gruesas gotas de sudor bajaban constantemente por mi frente y espalda, parecía que no era la única que se sentía agotada con el calentamiento. El profesor ordenó que la segunda fila se colocara al fondo del salón, dejándole el espacio a los de la primera fila, todos se miraban un poco desconcertados. El grupo se dividió en parejas. Por desgracia, un chico quedó solo y tuvo que hacer pareja con el mismo profesor. Se hizo el mismo calentamiento por media hora más, aunque parecía un poco más pesado y rápido por alguna razón.

Todos los pasos eran marcados por el ritmo del timbal; cuando toda la habitación quedó en silencio, los bailarines se detuvieron exhaustos, unas chicas parecían mareadas. Con una señal, me ubiqué con mi grupo en el centro del salón mientras los demás descansaban en el fondo, parecían agradecer esos minutos. Estar en el centro de la estancia era aterrador, los espejos en las cuatro paredes ofrecían un diferente ángulo de cada cuerpo de los bailarines, mis ojos se centraron en mi figura, era delgada y sobresalía por unos centímetros de las chicas, incluso de algunos de los chicos, siempre fui causa de bromas debido a mi estatura y parecía que mis antiguos profesores estaban de acuerdo con ellos.

El profesor me miraba de una forma aniquilante. Pude ver cómo el rostro sudado de Erín se reflejaba en un espejo, tenía una sonrisa y con una señal me indicó que prestara atención. El maestro dio las mismas órdenes que al grupo anterior y formó pareja con una joven de cabello castaño y gruesas cejas.

Me coloqué frente a mi pareja que era un joven de ojos muy azules y el cabello dorado, me recordó muchísimo a Felipe, me puse nerviosa hasta que él sonrió y todo se disipó, sentí como un golpecito en el estómago y mi corazón avanzó a la garganta, era una extraña sensación. Escuchamos la orden y todos empezamos los ejercicios, eran mucho más intensos que el calentamiento. Lentamente sentí cómo mis músculos se calentaban y en pocos minutos hervían, mi cuerpo producía una excesiva cantidad de sudor y mi compañero estaba igual que yo y parecía avergonzarse de su tono rojizo, pero me parecía algo muy tierno, Sentí que el ejercicio duró más que los veinte minutos del grupo anterior, mas fue la misma cantidad.

Cuando el tiempo se terminó, busqué con desesperación el oxígeno que se había escapado de mis pulmones y mi compañero me ofreció de su botella de agua. Aunque suena exagerado, ya se había tomado más de la mitad de un solo trago, pero el gesto fue muy atento, así que no lo rechacé. Erín se acercó con un frasco sellado luego que el muchacho se marchó.

Con dos palmadas, el profesor nos obligó a ubicarnos en las dos filas del inicio, terminamos los últimos diez minutos de la hora con el enfriamiento que no resultó ser tan diferente al calentamiento. Todos aplaudimos mientras el maestro inclinaba su cabeza en una especie de reverencia, luego señaló a los músicos que nos acompañaron en toda la hora con el sonido constante y grave del timbal, ellos también tuvieron su reverencia y un minuto de aplausos.

Todos salimos en silencio del salón, Erín se colocó a mi lado como si fuera un imán atraída por algo metálico, llevaba una sonrisa dibujada en su rostro y pronto me contagié de una. Antes de salir por completo del salón, la voz del profesor detuvo a Erín quien avanzó pensativa hacia él. Terminé de salir, pero agurdé pegada a la pared a que saliera. Después de unos segundos, salió casi brincando del lugar. Como si fuera posible, la sonrisa era mucho más grande y hasta sus ojos tenían un brillo diferente

—Tengo excelentes noticias, estoy muy emocionada, yo sabía que tenías potencial.

No sabía a qué se refería, mas era obvia su emoción. Fue el hecho que hablaba de mí lo que pronto me llamó la atención.

—¿Potencial? ¿De qué hablas?

—El profesor DeLong dijo que tienes una figura hermosa y eres perfecta para el papel de la obra de Navidad. Es emocionante, ¿no crees? Tendrías un papel en la obra y apenas en primer año, eso sin duda ayudará muchísimo en tu currículo.

Lo que me decía no tenía sentido. ¿Yo en una obra? Ni siquiera sabía cuál era y ya me sentía nerviosa.

—¿Por qué no dices nada? ¿No te emociona? —Me volteó a ver a la espera de alguna respuesta.

—Claro que sí... solo que no entiendo por qué. Es la primera clase que me da. ¿No debería de ver mi desarrollo o algo así antes de suponer?

Parecía no convencerse mucho con mi respuesta y borró su sonrisa por unos segundos hasta que dio un brinco y quedó frente a mí.

—Creo que si me lo dijo es para que mejores y des lo mejor de ti cada día, de esa manera no solo él te querrá en la obra, sino todos los demás profesores, ¿entiendes?

Aplaudió un poco ante su idea que parecía genial, pero a mí solo me confundía y preocupaba lo que había dicho el profesor.

Traté de poner mi mejor semblante, pero, al parecer, no logré convencerla. Avanzamos en silencio hasta el segundo pabellón donde estaba el salón de la segunda clase.

El tono rojo escarlata era abrumador, la profesora se contoneaba de un extremo a otro, ataviada en un ajustadísimo traje negro que resaltaba a la perfección sus curvas y el escote dejaba ver la piel de sus senos, parecía no tener más de treinta y cinco años. Logré ver cómo mis compañeros se sonreían y codeaban cada vez que uno entraba al salón, las chicas lucían un poco cautelosas e incluso amenazadas ante la maestra que no dejaba de sonreír. Nos pegamos a la pared para formar una perfecta línea.

—Bien, mis jóvenes muchachos, bienvenidos a su clase de flamenco. —La profesora se movía de extremo a extremo sin dejar de contonear sus caderas en forma de ocho—. Mi nombre es Fernanda Alonso, mi país natal es España, nací en Galicia, así que se reserven todos los chistes sobre gallegos. —Los chicos sonrieron un poco, parecía que lo decía muy en serio—. Muy bien, chicas, cambien sus zapatillas de *jaꞥꞥ* por los zapatos que están en aquel armario, los chicos el día de hoy solo observarán.

Avanzamos hacia el armario, los zapatos negros de tacón cuadrado estaban ordenados por tallas.

Mis compañeras parecían no muy convencidas de utilizarlos y algunas ya hacían comentarios sobre la profesora, tomé un par de la talla siete y Erín uno dos tallas más grande.

—Saqué los pies de mi padre. —Lucía algo resignada y graciosa al decirlo.

Formamos un círculo en el centro del salón, la profesora giraba en torno a nosotras y luego se puso en medio. Desde cualquier ángulo, todas éramos capaces de apreciar los movimientos que ella hiciera. La música empezó a sonar, el sonido de las castañas acompañado de un instrumento de percusión era abrumador y enigmático. La maestra empezó a moverse en su posición, primero sus caderas y luego sus brazos que se movían con delicadeza como una tela de seda al viento, el tacón resonó en el piso de madera y la falda parecía más amplia cada vez que la estiraba y movía con fuerza.

Algunas de las chicas lucían maravilladas como yo, otras un poco aburridas o quizá no se impresionaban con facilidad. Después de unos minutos, la música concluyó y con ella el

baile de la profesora. El resto de la hora fue muy monótona pero cansada, y comprendió en hacer sonar nuestro tacón y la punta del zapato.

—Talón, punta, talón, punta— repetía la maestra al girar aún dentro del círculo.

A pesar de ser un sencillo ejercicio, algunas se confundían mucho y otras sudaban más, coordinar el talón y la punta no era tan fácil como parecía y rápidamente las piernas se cansaban.

Cuando por fin terminó la hora, todas nos encontrábamos cansadas, pero ya teníamos de memoria el paso básico de talón-punta. Cuando me quité el zapato, empecé a caminar de esa misma manera y a decir verdad era muy cómodo.

La profesora conversaba animada con Erín que pronto empezó a bailar muy tal cual ella lo había hecho, movía con celeridad sus pies y el tacón resonaba con armonía en el piso, parecía que el mismo sonido creaba una melodía. Algunos chicos se detuvieron a verla.

Tenía ese rostro solemne de la primera vez que la vi bailar hasta que una de las notas no combinaba con el resto de la melodía y ella misma se echó a reír a carcajadas, solo ella podía reírse de sus errores.

La profesora le dio unas palmaditas en la espalda y luego salió del salón sin dejar de contonear sus caderas, los chicos parecían tomarles fotos mentales al curvilíneo cuerpo que pasaba frente a ellos. Me ruboricé por pensar en qué usarían esos recuerdos.

Cuando Erín se me acercó, recordé que en realidad ella estaba en segundo año. No entendía por qué llevaba clases de primero y lucía muy cómoda en ellas y a los profesores parecía no importarles su presencia, incluso algunos lucían felices.

—¿Por qué aún recibes clases de primer año? ¿A qué hora son tus clases? Las que te corresponden.

Me miró con cierta duda y luego sonrió.

—Mis clases son los miércoles y viernes en la noche, sábados y domingos de ocho a doce. No tengo nada más por hacer los otros días, por lo que hablé con los profesores y todos me autorizaron asistir a sus clases, me sirven de refuerzo y mejoro mis técnicas. Me sorprende que hasta ahora me hayas hecho esa pregunta.

Tenía suficiente lógica su argumento, así que solo sonreí.

—Es que te has comportado como una alumna más en estas clases, sigues las instrucciones, no alardeas de lo que ya sabes... Es seguro que muchos ni saben que eres de segundo.

—Mejor, ¿no lo crees? Tal vez tenga oportunidad con alguno de los chicos, son muy lindos.

Reímos ante su comentario, recordé que muchos de ellos la habían visto con cierta admiración, obviamente no eran indiferentes a la bailarina color canela.

PRUEBA

Los días pasaron con gran velocidad, entre clases, pequeñas salidas y arduos talleres de danza, estaba cerca de cumplir seis meses en la universidad.

Cada día mi amistad con Erín crecía y Susana retomó su curso, sorprendió a todos, incluyéndome, con sus técnicas y confianza a la hora de bailar, en todo nuestro día solo coincidíamos en una clase.

Después de que Erín me contara lo que habían dicho los profesores de mí, pareció que la presión en mi técnica y movimientos incrementó. Muchas veces me hacían bailar en el centro del salón. Por desgracia, los nervios y mi timidez me vencían y segundos después me equivocaba.

Las chicas decían que debía trabajar más en mi seguridad que en mi técnica, ya que en esa parte me lucía, pero mi inseguridad me mataba.

Durante los seis meses, tuvimos tres talleres de danza moderna y música tropical, una de mis debilidades, los ritmos rápidos y muy sensuales definitivamente no eran los míos, pero la señorita Griffin los supervisaba, así que era exigido asistir.

En agosto, mis padres me dijeron que saldrían de viaje, estarían dos semanas en París y luego irían a Australia, luego terminarían en Hawái que fue donde tuvieron su primera luna de miel.

Erín y Susana fueron conmigo al aeropuerto a despedirlos, no pude contener mis lágrimas y lloré un par de minutos abrazada a mi madre. Lina llegó diez minutos antes que ellos se fueran, aunque no logró congeniar en el momento con mis compañeras, era consciente que lo intentó.

Mientras el avión despegaba, las tres me abrazaron a su manera, aunque luego un apuesto joven abrazó a Lina quien me miró de forma un tanto avergonzada, algo graciosísimo de ver, mi amiga antirromance se había enamorado.

El pequeño roce del bastón en mis piernas me hizo cambiar de posición, podía sentir la tela de mi vestimenta pegada a mi piel. Hoy la señorita Miller exigía muchísimo a nuestros músculos. Faltaban cuatro meses para la gran obra de Navidad que la universidad celebraba en el majestuoso Teatro de Artes. Durante muchísimos años soñé con bailar en esas tablas y parecía que mi sueño estaba muy cerca de cumplirse.

—Luciana, concéntrese. —La voz de la profesora era suave, pero de mando.

Volví mi vista al frente y cambié a la posición que ya tenían mis compañeros. El ambiente estaba inundado por las notas del piano, pasaban de agudas a graves y viceversa, me encantaba el sonido de este para bailar.

—¡Luciana! —El leve aumento en el tono de la profesora fue atemorizante.

Todos soltaron sus manos de la barra y me miraron como si fuera algún animal de zoológico o quizás esperaban que me desmayara.

—Por favor, colóquese en el centro del salón, necesito que me muestre cómo se debe desarrollar la pieza que Paul tocará.

La orden era clara, ir allá y hacer el ridículo.

Con mis piernas y manos trémulas, avancé hacia al centro del lugar, me retiré el suéter blanco y me quedé solo con el leotardo y las medias. Todos los ojos estaban sobre mí y para mi desgracia, Erín estaba enferma y no había asistido a clases. Me sentí sola.

Observé cómo la profesora ocupó su lugar en el sofá rojo de cuero, algunos chicos se sentaron para apreciar mejor el espectáculo. En el centro del salón pude percibir cómo las paredes se expandieron, el lugar se convirtió en un enorme espacio. Mi corazón bajó hasta mi estómago y sentía que no podía respirar. Paul rozó sus dedos en las teclas de marfil y una nota aguda tocó hasta el techo, cerré mis ojos concentrándome en la balada, era una melodía triste, había confusión, miseria, desesperación en ella.

Mi cuerpo pronto asimiló las emociones de la pieza y se movió con ella, casi podía acariciar en cada nota la tristeza del artista, parecía que sufría por amor, yo lo entendía, yo también sufrí, pero no por amor, sino por una persona que no podía amar. Las notas graves se movieron en el ambiente, atravesaron mis poros. Mis manos en el aire querían borrar la angustia de la pieza, mi pierna subió al cielo y rozó con delicadeza una nota. La tristeza aumentó: tomó una decisión, no volver amar y yo lo acompañé, necesitaba refugio y mis brazos lo entendieron, moría y mi cuerpo lo sintió, lentamente su ritmo disminuía hasta desaparecer con una última nota aguda y agónica, como el eco de un grito de dolor. El silencio fue débil. Separé los párpados con parsimonia y me encontré en el mismo punto de inicio, pero todo mi cuerpo sudaba y estaba cansado.

Mis ojos chocaron con el espejo que reflejaba mi cuerpo y luego con los de la profesora que presionaba con fuerza su bastón, sus orbes estaban muy abiertos ¿Había hecho algo mal? Me giré despacio hasta dar con las miradas confundidas de mis compañeros, el reflejo del marco de la puerta palideció mi piel, la señorita Griffin me observaba de la misma forma extraña.

Un segundo después, sus palmas golpearon en un aplauso que pronto se intensificó cuando todos la acompañaron, la señorita Miller se puso de pie y con ella todos mis compañeros, incluso Paul.

—Eso ha sido verdaderamente maravilloso, Luciana, has logrado transmitir en tus movimientos los sentimientos de la música, te has conectado con ella. —Me sorprendió que la señorita Griffin fuera quien tomara la palabra.

—Gracias —susurré. Mi reflejo captó cómo todo mi rostro se tornó rojo.

—¿Has pensado audicionar para el papel de la obra? —La señorita Miller hablaba con viva emoción.

—No, pensaba hacerlo hasta el próximo año.

—Si haces una audición como esa, podría decirte con plena seguridad que el papel será tuyo. —La directora retomó su voz de autoridad, pero sonreía con genuinidad.

—Gracias, pero eso es para los que tienen más experiencia —murmuré de forma casi inaudible.

—Los años en una universidad no te dan calidad ni experiencia, tú te conectas con la música y en la obra de este año necesitamos ese sentimiento que parece brotar de ti cuando bailas con libertad.

—Lo consideraré.

—Bien, continúe profesora, muchas gracias por tan agradable visión.

Sin decir más, la decana se retiró, todos retomamos nuestro espacio en la barra y veinte minutos después dimos por concluida la clase. Antes que pudieran hablarme o interrogarme, salí como un cohete en búsqueda de mi habitación, tenía una hora libre antes de mi clase de *jazz* y necesitaba un buen tiempo a solas.

Mis músculos aún ardían, así que subí los dos pisos por las escaleras. Cuando abrí mi habitación, tiré mi mochila y me deslicé al frío piso. Toda la estancia me daba vueltas, tenía demasiadas emociones y no era capaz de procesar una sola.

—Respira, respira... —me repetía. Atacaba de vez en cuando mi labio inferior, una viva señal de que estaba nerviosa.

Los golpes en la puerta me sobresaltaron, me puse de pie y abrí, una Erin con la nariz roja me abrazó con fuerza.

—Felicidades —dijo con voz afónica—. Me han dicho que hiciste un bello trabajo en la clase de la señorita Miller, incluso que la decana te sugirió audicionar para la obra de Navidad.

—Pero ¿quién te lo dijo?

No entendía cómo es que ella ya sabía.

—Estamos en la universidad, Luciana, aquí todo corre como el viento y más si son chismes. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé. Emocionada, atemorizada, nerviosa y que puedo llorar, pero no sé si de felicidad o tristeza.

—Pero ¿por qué? —su afónica voz sonó preocupada, avanzamos hasta sentarnos en una de las camas.

—Toda mi vida he tratado de pasar desapercibida, haciendo solo lo que yo quería sin que nadie entrara a mi burbuja, la danza era mi escapatoria a todos mis problemas, pero aquí siento que debo compartir esa burbuja y eso me asusta.

Sin saber por qué, mis manos temblaban tanto como mi voz.

—Tranquila, te entiendo y es ese sentimiento lo que te hace tan increíble. —Sonrió—. Solo que algo en tu cabeza no te hace convencerte de eso, te he visto en todas las clases y realmente cuando empiezas a disfrutar de la música y te conectas con ella, todo en ti cambia, tu mirada, tus movimientos y tu respiración incluso.

—¿En serio?

—Sí, Susana lo notó también y todos los profesores, por eso te exigen un poco más, porque saben que dentro de ti hay un potencial diferente. No temas compartir tu mundo, después de todo, los que estamos aquí vivimos y respiramos lo que tú también vives y respiras.

Atrapada en sus bellas palabras, la abracé y pronto comencé a reír de forma histérica, y de forma medio rara le conté cómo había sucedido todo.

La puerta se abrió y una emocionada Susana entró, casi chocó con el pequeño mueble por ir viendo la pantalla de su celular. Cuando se percató de nuestras presencias, nos mostró el video que la llevaba hipnotizada que resultó ser mi demostración de baile, lo vimos unas cinco veces, ellas un par más.

De alguna forma, al inicio resultó emocionante verme, pero para la tercera, empecé a notar varios errores y cuando los comenté, casi me dieron con el aparato en la cabeza. No tenía mucho tiempo ya de descanso, así que busqué el salón, dejándolas a ellas con sus ojos puestos en el dichoso vídeo.

PODER

Mis manos sudaban más de lo que pensaba era posible, las restregué varias veces contra el vestido púrpura que usaba. Erín y Susana se tomaron unas dos horas en peinarme, pero ya los mechones empezaban a bajar por mi rostro, intenté reordenarlos, pero resultó imposible. El brillo labial que usaba antes de entrar al salón, ya quizás estaba en mi estómago y de tanto morderme el labio ya lo sentía inflamado.

Traté de concentrarme en la voz de la decana, pero mi mente viajaba con rapidez a las semanas pasadas. Sin saber cómo, ya nos encontrábamos en septiembre; mis padres extendieron su viaje en Europa por casi un mes y se encontraban en Australia. Cuando les conté de mi logro, enviaron muchísimos regalos que he tenido que compartir con mis amigas, incluida Lina que, según me contó, estaba considerando casarse con Alejandro, su novio desde hace ya tiempo.

Luego del castigo de la señorita Miller, que terminó siendo mi mejor actuación, fui casi obligada a audicionar para la obra de Navidad. El día que programaron mi audición, el salón estaba muy lleno, era un pequeño teatro de la universidad mucho más grande que el de mi secundaria, pero sin duda, más pequeño que aquel donde presentaban la obra.

Paul me regaló una cálida sonrisa y repetí el mismo procedimiento que en el salón de clases. Con los ojos cerrados, me olvidé de todos los presentes en el lugar, disminuí la intensidad de sus miradas, me permití penetrar cada nota de la pieza dentro de mis poros y transmití a través de mis movimientos mi propia interpretación de los sentimientos del compositor. Minutos después, una audiencia me aplaudía de pie. Una semana luego, mi nombre figuraba al lado del papel principal de la obra. Esa noche salí a celebrar con Erín, Susana, Lina y Alejandro.

Mi madre lloró cuando se lo conté por teléfono y la voz de mi padre se tambaleó por varios segundos, solo podía repetirme lo orgulloso que estaba de mí.

El siguiente mes fue de prácticas intensas y cada clase tenía la orden de practicar al menos una hora una parte de la obra.

—Sin duda, la señorita Luciana nos dio una verdadera lección de danza el día de su audición. Ella tiene esa chispa que muchos olvidamos a la hora de bailar. ¿Qué sientes cuando bailas? —Sabía por su tono de voz que se dirigía en mi dirección, pero no tenía respuesta.

—No lo sé —susurré. Me sentí presionada por las miradas de todos los que estaban en el pequeño salón de conferencia.

—¿No lo sabes? —El hombre hablaba con un tono grave, sus ojos negros hacían retorcerme en el asiento, me sentí desnuda por su mirada en cuanto entré a la sala.

—Es algo indescriptible —logré decir.

—Inténtalo —dijo con voz un tanto sensual, pero autoritaria.

—Cuando bailo, siento que puedo ver las notas de la pieza en el aire y ellas son quienes jalan los hilos que sostienen mi cuerpo.

—¿Te sientes como una marioneta?

—Algo así, no lo sé, es como una libertad limitada, mi mundo se combina con la pieza y esta me dice que debo transmitir. Me hace sentir la ira, la tristeza, la felicidad, las emociones en sí de cada pieza musical.

—¿Incluso la lujuria? —El hombre acarició cada palabra mientras las pronunciaba, todos voltearon a verlo, yo sentía arder mi rostro.

—Disculpe, ¿quién es usted? —Conocía a todos los asistentes, ya que eran mis profesores y la decana, más el rector de la Universidad, pero aquel hombre nunca lo había visto.

—Parece que no has prestado atención a las palabras de la decana —murmuró él con cierta burla.

Volteé a ver a la directora quien me miraba seria y con cierto reproche.

—Lo lamento, estoy nerviosa. —mi voz se quebró en la última palabra.

—Lo entiendo, es lógico, una alumna sin experiencia alcanza el papel en una de las obras más importantes de la facultad y la universidad, es claro que tienes demasiado sobre tu minúsculo cuerpo, muchísima presión por soportar y aún te preguntas si estás capacitada para esto.

Sus palabras me dejaron sin saber qué responder y parecía que todos sentían lo mismo, los profesores se miraban entre sí. La mano de la profesora Alonso presionó la mía.

—Él es... —La decana incluso se quedó muda, soltó un largo suspiro y aclaró su garganta—. Él es el doctor Andrés Macall, es uno de los principales contribuyentes en la universidad y, sobre todo, de las obras que presentamos.

—Mucho gusto —susurró él con su voz de exagerada y repugnante sensualidad.

En un movimiento demasiado elegante, se puso de pie y avanzó hacia mí. Sin saber cómo, tomó mi mano y besó levemente mis nudillos. A ese hombre parecía no tomarle importancia a ninguno de los presentes en la sala.

Retiré mi mano con algo de fuerza y me puse de pie, mis ojos chocaron con la barbilla del tipo, una larga cicatriz corría muy cerca de su oreja, cubriéndose apenas por sus perfectas patillas.

—Si me disculpan, quiero retirarme.

—Claro. —La señorita Griffin entendía mi estado, incluso ella lucía sorprendida por el comportamiento del aparente distinguido doctor.

—Un placer, Luciana —susurró él justo cuando pasé a su lado.

No dije nada y me fui de la habitación, nunca me habían hecho sentir tan incómoda en mi vida y, aunque físicamente él era un hombre atractivo, algo en su forma de actuar o hablar lo volvía repulsivo.

Caminé con cierta rapidez hasta el recinto, con los tacones que ahora calzaba lo sentía lejísimos, sin pensarlo mucho, me los quité y caminé sobre el suave y húmedo césped.

Las luces de un vehículo iluminaron mejor el asfalto, la velocidad que llevaba era mínima, sin saber por qué, aumenté la rapidez de mis pasos. El auto se detuvo a mi lado, el vidrio negro descendió con suavidad y el rostro del doctor se iluminaba con debilidad por una luz amarilla.

—¿La llevo? —susurró despacio, sin darme oportunidad de responder, abrió la puerta del copiloto.

Conducía un hermoso Mercedes Benz negro estilo deportivo solo para dos personas.

—No, gracias, puedo caminar —solté. Cerré de nuevo la puerta y continué con mi camino.

El motor del auto se apagó, escuché sus pasos detrás de mí, caminé más rápido.

—Tranquila. ¿Por qué corre?

—Usted me está siguiendo —afirmé sin voltear a verlo o detener mi paso.

—Claro que no, quiero felicitarla como se debe por su gran logro.

—Creo que ya hizo suficiente, gracias por su cooperación.

—Pienso que después de dejar un cheque por cincuenta mil dólares, lo menos que merezco es que la protagonista me mire a los ojos.

Cuando escuché la cantidad, me detuve en seco e hice caer uno de mis tacones. No tenía idea de cómo él estaba tan cerca de mí, se inclinó y me dio el zapato.

—Gracias por su ayuda —dije sin apartar mis ojos de la oscuridad que había en los suyos.

—¿Y si me lo agradece con una cena? —Una sonrisa burlesca cruzó su rostro.

—No, gracias.

Di la vuelta y continué, sus pasos venían detrás de mí y cuando miré el edificio de mi apartamento, sonreí. Antes de que pudiera llegar a la puerta, sus manos me retuvieron, haciéndome girar.

—Usted es una hermosa joven, mucho más guapa que la anterior. —De inmediato, pensé en Erín—. Esos labios gruesos me han tentado durante dos horas, merezco probarlos.

Se inclinó hasta rozar un poco mi boca, sus manos presionaban con fuerza las mías, así las inmovilizaba, sus labios intentaron abrir los míos y en un reflejo de mi adversidad al peligro, levanté mi rodilla hasta estrellarla en su ingle.

Me soltó, se inclinó hacia adelante, su rostro estaba pálido y respiraba con dificultad.

—¡Me pone una mano encima y lo denuncio! —En mi voz era visible la furia.

—Esto te costará muy caro —susurró aún con dificultad.

Me di la vuelta y corrí hacia el edificio, mis piernas empezaban a perder fuerza, Erín y Susana venían saliendo de la cafetería, cuando las vi, corrí hacia mi habitación, no quería que me vieran todavía, mucho menos hablar.

Venían tras de mí y aunque me llamaron varias veces, nunca volteé a verlas. Cuando llegué a la habitación, me desplomé a orillas de mi cama y comencé a llorar.

—Luciana, ¿qué pasa? —Susana se acercó con suavidad, me abracé a ella.

Entre sollozos y largas pausas, conté todo lo que había sucedido, logré ver cómo el color se les escapó a ambas del rostro. Pronto Erín también estaba sentada a mi lado en la alfombra.

—Hay que denunciarlo. ¿Alguna vez te insinuó algo? —Susana le hablaba con enojo a Erín, ahora ella me cuidaba.

—No, fue un poco frío y cortante cuando lo conocí, con costo me dio su mano —susurró Erín, consternada

—Debemos decirle a la señorita Griffin —concluyó Susana, Erín asintió.

—No, si lo hacemos, retirará los fondos. No creo que vuelva a hacer algo.

—¿Estás segura? —Las dos me miraron con confusión.

—Sí, pero las necesito siempre a mi lado.

Ellas asintieron y me abrazaron, esa noche Erín se quedó a dormir con nosotras, fue imposible conciliar el sueño; mis sueños eran invadidos por penetrantes miradas negras y unos labios que sabían a amargura y sangre.

No estaba segura de lo que sentía en ese momento, estaba alterada por la situación, jamás había sido forzada a hacer algo, menos por un hombre.

Temía que mi autodefensa hubiese echado a perder la obra y que el abusivo hombre retirara los fondos, sabía que Erín nunca había pasado por eso, pero ¿lo hicieron las otras chicas? ¿Qué podía hacer si volvía a verlo? ¿Qué haría él? Entre dudas y pesadillas, el reloj marcó las cinco del siguiente día.

Mis ensayos iniciaban a las siete de la mañana y no iba a permitir que una mala experiencia arruinara el arduo trabajo que mis compañeros, maestros y yo habíamos hecho.

Mi rostro en el espejo era fatal. Sin embargo, no podía hacer mucho por él. Ignoré las ojeras y los ojos un tanto hinchados. Busqué el salón de ensayo, dejé a mis amigas dormir un poco más.

Antes de mi llegada, la llamada de Lina alegró mucho mi mañana, tenía alrededor de media hora de estar comprometida y yo era la primera en saberlo, creo que grité un minuto completo en los pasillos de las habitaciones, luego corrí antes que alguien me viera.

El gran salón donde hice mi audición lucía hermoso, iluminado por los rayos de sol que atravesaban los ventanales en todo el alrededor del espacio. Cuando todos me vieron, comenzaron a aplaudir, no sabía por qué. La señorita Alonso me comunicó que el doctor Macall había donado cien mil dólares para la obra, el mayor donativo jamás percibido y él dejó muy claro que solo lo había hecho por mí.

No entendía por qué lo había hecho, pensaba comprarme o quizá comprar a mis superiores, simplemente sentí náuseas.

La llegada de la decana evitó que vomitara y despejó mi mente de las grandes dudas que sentía. El ensayo inició con fuerza y no podía desconcentrarme.